

gloria y su vida, y la mas plena confianza en tí que eres su reina, su madre, su tesoro y su encanto. Oye, pues, mis gemidos, mis ticatortola del Tepeyac; vuelve á mí esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de México, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina misericordia, con esas manos que muestras juntas en ademán de ardiente súplica, para que se derrame abundantemente sobre nosotros; manda á ese querubin, mas luciente que los otros por el contacto de tus benditas plantas, que recorriendo con sus alas desplegadas nuestro territorio, reanime por todas partes la luz de la fé divina, y el brillo de tu ardiente devoción; y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fue-

go mi corazón, y me dispongan así á tratar en esta hora contigo, y tributarle el culto del amor y del agradecimiento. Amen.

*Una salve á la Virgen Santísima por las necesidades de la República.*

**PRIMER DIA.**

Un sábado era, dulce madre mia, al día siguiente de la fiesta de tu Concepción inmaculada: era un sábado día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama mira lucir con un aumento de afecto hácia su Madre: y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad para asistir al sacrificio augus-

to que en honor tuyo se ofrecia. Su frente refrescada por el viento de la mañana, sus ojos contemplando al cielo sin nublados, su paso apresurado por la devocion y el amor, iba pensando seguramente con delicia en su reina y su madre, y quizá recitando esa plegaria, que embalsama como ninguna los labios que la exhalan, y cuyo nombre significa corona de rosas, porque las palabras del arcángel cien veces repetidas son como otras tantas flores olorosas que adornan tu cabeza virginal. Y tú, la Reina del mundo, la Madre del Creador, clavaste con afecto tus ojos misericordiosos sobre el sencillo Juan, y descendiste de las alturas á visitarle, y á conversar con él, y á comunicarle los secretos de tu pecho. Mas llega el neófito feliz al pié del monte, y queda sobrecogido al

escuchar una música sonora y deliciosa, (de una suavidad que arrebatava), y levanta las miradas á la cima, y contempla maravillado los espléndidos colores del iris, que en su centro, de una apacibilidad indecible, dejaba ver una hermosísima Señora, que dirigiéndole una mirada de inefable ternura, y desplegando aquellos labios benditos que acariciaban la frente de Jesus niño, lo llama cariñosa por su nombre, y le pregunta benignamente á dónde se encamina, como complaciéndose en oír de su boca el obsequio que pensaba tributarle. Y entónces, lo que á Bernarda no se diria tres siglos mas tarde, sino en distintas veces, y despues de reiteradas pruebas, al neófito ferviente se le revela de una vez sola y al instante: "*sabe, hijo mio, que yo soy María Virgen, Madre del verdadero*

*Dios.* "¡Qué amor destila la palabra "hijo mio," dicha por ti, Reina del cielo á aquel hombre sencillo! ¡qué espléndida revelación la que en breves palabras contiene tu nombre venerado, y tu virginidad perpetua, y tu maternidad divina! ¡qué amorosa fineza al explicar que se trata del Dios verdadero, pues que aquel hombre diez años ántes, creía aun en dioses falsos, y veía adorar en aquellos sitios un ídolo con el nombre de madre de dios, infamemente usurpado por el demonio! Mas luego expresas ¡oh inmaculada Virgen! tu voluntad de que se erija en honra tuya un templo, con la promesa de mostrarte allí madre cariñosa en todas nuestras necesidades, y envías al favorecido Juan al representante de tu Hijo y de la Iglesia en estas regiones, para significar tus amo-

rosos designios. Dime ahora, amada madre mia de Guadalupe: ¿qué viste en aquel hombre que así lo engrandeciste, y con él conversaste, y pusiste en él tu compasivo corazón? ¿qué viste en nuestro suelo sino abominaciones idolátricas apenas extinguidas, y feroces costumbres, y sangre humana derramada en los inmundos altares? Y no obstante, allí quieres tener tu casa, no tanto para recibir alabanzas y honores, cuanto para mostrarnos tu cariño, no tanto para tomar posesión de este suelo, cuanto para arraigarte en un pueblo desde entonces honrado, y afirmarte en esta nueva Sion, y poner tu descanso en la ciudad santificada; aquí quieres elegir y santificar este lugar para que more aquí tu nombre, y estén abiertos tus ojos, y permanezca tu corazón todos los días.

¡Bendita sea tanta bondad, oh Madre  
mia! ¡ensalzada sea todos los días tan  
amorosa fineza! Pero, escucha, Señora:  
tu pueblo ha degenerado grandemente  
prevaricando de un modo espantoso:  
muchos hijos tuyos olvidados de la  
religion de sus padres, vomitan  
torrentes de impiedad y de blasfemia;  
solo anhelan por goces materiales;  
perdido el sentido cristiano, abandonan  
la luz de la fé, para creer en todos  
los delirios, y aun ¡oh dolor! vuelven  
á llamar locamente á sus reuniones  
y al seno de sus ciudades al demonio  
arrojado de este suelo en tu venida!  
¡Luz, reina mia, para estos pobres  
ciegos! ¡piedad y compasion para estos  
locos extraviados! Tus hijos son,  
Virgen de Guadalupe, aunque ingratos  
y pecadores! Miralos propicia, desata  
sus cadenas, ilumina su cegue-

ra, aparta de nosotros los males  
tremendos que nos amenazan, y solicita  
en nuestro favor la abundancia de bienes  
de que tanto necesitamos. Amen.

### El Ave maris stella.

¡Ave, del mar estrella,  
De Dios Madre sagrada,  
Virgen de Guadalupe  
Puerta del cielo santa!  
Ya que el ave del ángel  
Escuchas humillada,  
Funda en paz á tus hijos,  
Y el nombre de Eva cambia.  
Al reo sus lazos suelta,  
Al ciego da luz clara,  
Nuestros males ahuyenta,  
Todo bien nos alcanza:  
Muestra que tú eres Madre,  
Por tí nuestras plegarias

Reciba el que ser quiso  
Fruto de tus entrañas.  
Virgen única en todo,  
De todas la mas mansa,  
Suelta el alma de culpas  
Házla tú mansa y casta.  
Préstanos vida pura  
Y vía segura y llana,  
Por ver á Jesus, juntas  
Y alegres nuestras almas.  
Sea alabanza á Dios Padre,  
Y á Jesus honra dada,  
Y al Espíritu igualmente,  
Trinidad una y santa. Amen.

SEGUNDO DIA.

Aquí vengo, madre mía de Guadalupe, á saborear con amor y gratitud tus benditas palabras: "sabe hijo mio

que soy María," me dices, porque á todos te diriges y en todos piensas, cuando al sencillo Juan hablabas en el monte. Sí madre mía, mi dulce y tierna madre; yo sé que eres María, la estrella reluciente del mar tan borrascoso de este mundo; que tú alumbras bienhechora mis caminos, y brillas en medio de las nieblas, y diriges mis pasos en el bien: yo sé que eres María, iluminada con luces celestiales, ilustrada con los divinos arcanos, y alumbrada con la ciencia mas alta: iluminadora con tus preciosas virtudes, y con esa vida preciosa, que es general instruccion de los cristianos. Yo sé que eres María, mar inmenso de gracias y excelencias que recrean al Señor y admiran á los ángeles, y dejan mudo de pasmo al mortal que te mira como hermana, mar amargo de penas y tormentos,

que te hicieron la madre de dolores, y  
la reina de los mártires. Yo sé que eres  
María, la dueña y la Señora; la dueña  
del mundo y la Señora de los corazones  
á los cuales cautivas con inauditas  
finzas, la dueña de los cielos y la  
tierra, la Señora de los ángeles y de  
los hombres, la dueña y la Señora del  
Corazon divino de Jesús quien te amó  
y te venera como Madre. Elige pues  
oh Reina y Madre mia mi corazon por  
templo y casa tuya; mora en mí como  
en sitio de tu agrado y pon en mí tus  
ojos de paloma, para que vean los mas  
les de mi alma; y tu piadoso corazon  
para que se apiáde de las necesidades  
que me afligen; manda á tus ángeles,  
que gustosos te sirven y obedecen, pa-  
ra que inspiren un nuevo celo á los  
ministros de la Iglesia, y se apresuren  
á levantar en las almas el templo de la

fé, en muchas arruinado, y el templo  
de la piedad comenzado en algunas.  
Mira cómo los que nos atribulan se  
multiplican tristemente, y olvidan las  
promesas del bautismo, y cierran los  
ojos á la luz del Evangelio, y se ali-  
mentan con pestilencia los errores. Pe-  
ro sabe tú, oh Virgen de Guadalupe,  
que aun somos tus hijos; sabe que tu  
devocion no se ha extinguido en nues-  
tro pecho, y que éste pueblo, aunque  
con empeño pervertido, es todavía  
uno de los que mas te aman, y te hon-  
ran y te veneran sobre la tierra; sabe  
que somos tuyos; que nuestro corazon  
guarda un tesoro de amor y gratitud  
hacia tí su reina y soberana; sabe que  
á tí llamamos con angustia como el ni-  
ño, temblando de susto, llama á gritos  
á la madre que lo ha llevado en sus  
entrañas. Muestra, pues, que eres ma-

dre de este pueblo, y que tu divino Hijo Jesus, reciba por tus manos las p[re]ces de nuestros l[ab]ios, y el arrepentimiento de nuestros corazones. Amen.

TERCERO DIA.

Do[s] veces qu[ie]res aparecer en s[ab]ado, Virgen de Guadalupe, como para mostrarnos con cu[an]to gusto descendes a la tierra, a recibir los cultos que las almas amantes te tributan. Ansiasentia tu pecho maternal por oir de boca del sencillo ne[ot]ito el resultado de su mision dichosa. Le hablas de nuevo por la tarde, escuchas bondadosa la relacion de su amor entristecido con las dudas del prelado, y su ruego de sustituirle con persona de mas credito, y entreabriendo los l[ab]ios virgi-

nales, con un acento que ba[na]ba su esp[iritu] de dulzura, le dices que agradece[s] su cuidado y obediencia: que aunque muchos tenias a quien mandarlo, convenia que fuese el, y no otro alguno, y que repitiese otra vez id[en]tico mensaje, prometi[en]do premiar su diligencia. ¡Oh y cu[an]to te interesan nuestras almas, y cu[an]ta prisa tienes de favorecerlas! ¡Oh y cu[an] benigne[m]ente sufres una repulsa que la humana prudencia suger[ia]! ¡Oh y cu[an]ta generosidad muestra tu pecho, al dar las gracias a un hombre tan humilde por tan pequeño servicio, cuando un a[n]gel se tendria por dichoso al ejercerlo! Bendita seas, Se[no]ra y madre mia, que no te cansas de sufrir nuestras repulsas, ni fulminas castigos o amenazas contra los que rehusan seguir tus insinuaciones, sino que llena de amor

para unos hijos tan ingratos, repites con suave insistencia el tierno llamamiento, y tocas de nuevo las duras puertas de nuestra alma, y estimulas nuestro celo con la promesa de premios y mercedes. Muy bien sé, madre mía, que los que te dan á conocer, sacando á luz tus gracias y excelencias, obtendrá la eterna vida, y los que den contigo hallarán la misma vida, y alcanzarán del Señor su salvacion. Llámanos, pues, de nuevo, oh Reina soberana, repite tus dulces llamamientos á los oídos de un pueblo culpable é ingrato, que entretenido en vanidades, y abrumado por los negocios del siglo, se ha apartado de los caminos de la justicia, y ha abandonado al Dios que llenó su juventud de regocijo. Oh Virgen singular para nosotros, pues que á nacion ninguna has honrado en tal

manera, ya que te muestras tan mansa, tan apacible y tan amante, haz que desatados de las culpas, que como pesadas cadenas nos oprimen, obtengamos la mansedumbre que nos haga un pueblo de hermanos, y la santa castidad que nos haga aceptos al cielo. Amen.

*Récese devotamente el Ave maris stella.*

CUARTO DIA.

Bien sé, querida y dulce Madre, que tienes muchos á quienes mandar tus voluntades: bien sé que hay innumerables almas que volarian presurosas á ejecutar todas tus órdenes, y que se anticiparían si pudieran, á realizar



tus menores deseos: bien sé que en nuestros tiempos, aunque tan desgraciados y tan tristes, tu dulce amor como un torrente desprendido de los cielos inunda la tierra, y dulcemente arrebató los corazones; bien sé que tú, tú misma bajando de los cielos, vienes á llorar sobre la tierra los extravíos de una nacion culpable, ó á recordarle tu original pureza, ó á insinuarle con letras de oro pintadas en el azul del firmamento, que tu Hijo divino se deja conmover, *y que oren con constancia*; pero yo nada envidio; pues dijiste que convenia que este pueblo y no otro alguno, fuese el confidente de tus secretos, el depositario de tus promesas, y el heraldo de tus bondades. Veniste al Tepeyac, como á la Saleta, á destruir los pecados del pueblo, y encaminarlo por los rec-

tos senderos: te ostentas como en Lourdes, bajo los signos con que se representa la imagen de tu Concepcion Inmaculada, vestida del sol, de estrellas adornada, y la luna por escabel de tus plantas: alientas la esperanza, prometiendo ser propicia á nuestros males, y en todas nuestras necesidades cariñosa socorrernos: y el vicario de tu Hijo sobre la tierra, al contemplar tu imagen que embeleza, y escuchar la narracion de tus finezas, exclama con el real profeta; "no hizo tal con ninguna otra nacion, ni así les ha manifestado sus designios." ¡Virgen de Guadalupe! haz que al pié de tu altar, se reavive la fé de este tu pueblo, y que á la vista de esta imagen celestial, se inflame su amor, y crezca su reconocimiento! que sus rodillas, dobladas siempre aquí en tu templo,

y sus manos juntas, y su frente humillada, te desagravien de la ingratitude de tantas almas, y de la irreligion y la impiedad que á tantas otras sumergen en los abismos de la eterna desdicha. Renueva hoy más que nunca tus llamamientos; reitera tus instancias; alientanos con tus promesas, y apártanos de los senderos del error y de la corrupción del siglo presente; para que veamos algún día regocijados en el cielo, el semblante de la Madre, cuya imagen formaba nuestra delicia aquí en la tierra. Amen.

*Récese devotamente el Ave maris stella.*

QUINTO DÍA.

Era el día del Señor, y el nuncio humilde, después de asistir al santo Sacrificio, diríjese al Prelado, á quien con lágrimas refiere su mandato; mas acompañado á la vuelta por los criados desaparece á los ojos de los que le vigilaban, como si no quisieras, madre mía, testigos inoportunos, en aquellos tiernos coloquios que trababas con el hijo sencillo de nuestras montañas. El te encuentra en la cumbre, donde solícita le aguardabas, y humillado en tu presencia, refiere las preguntas del Obispo, y cómo pide una señal cierta que autorizando al legado, testifique la verdad de sus palabras. Tú le agradeces su obediencia

con cariño, y le mandas volver al dia siguiente al mismo sitio para dar las señales exigidas. Mas en el dia siguiente, un deudo suyo enferma gravemente, y los cuidados y atenciones que exige, y las complicaciones que surgen en las familias en estos casos, impiden al neófito el acudir á obsequiar tus amorosas intenciones. Pero tú, que como reina del mundo no podías ignorar lo sucedido ¿por qué no mandas retroceder á la fiebre, ántes que hiera al deudo de Juan Diego? ¿por qué no haces germinar en ese mismo instante las flores prodigiosas, y las envías desde luego al Prelado vacilante, para convencerlo é ilustrarle? ¿por qué permites que tu fiel mensajero, sea mirado como un impostor por los ministros, y delatado como tal al superior, y mirada su extraña desa-

paricion como fraude y engaño? ¡Oh Virgen Santísima! aunque los mortales no debemos tratar de escudriñar los arcanos de la magestad, temiendo ser oprimidos con el peso de su gloria; pero bien podemos tus hijos estudiar humildemente tus obras, para encendernos en tu amor y llenarnos de agradecimiento. No estorbas pues que Bernardino enferme, como Jesucristo no estorbó que su amigo Lázaro muriese, para que fuese mayor y mas palpable el milagro de su resurreccion, despues de quatro dias de sepultura; no envías luego las flores, porque la hora no habia llegado todavía, y era preciso esperar á que el sol con sus primeros rayos pudiese ántes bosquejar tus contornos, y que las flores pudiesen colorar despues tu linda imagen; era preciso que la persecucion

sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora, y que el nuncio fuese tratado, [como lo fué Jesús tu Hijo], de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito al mismo tiempo que tu gloria apareciese, y no faltase en ésta tu obra, el crisol de la tribulacion que la hiciese mas luciente, y la prueba de la incredulidad que la dejase mas firme.

Mas aquellos dudaban porque nada habian visto; el Prelado vacilaba por providencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados con las apariencias; mas ahora que tres y medio siglos han creído y venerado; ahora que tantas generaciones han visto con sus ojos y tocado con sus manos, una raza incrédula se levanta: siembra dudas con ignorante estulticia, ó niega con malicia descarada; ni registra las his-

torias, ni consulta los monumentos, ni compulsa las tradiciones, ni estudia los hechos reales y patentes á todos los ojos: abandonando al Hijo no es extraño que olviden á la Madre, y burlen nuestra piedad, y escarnezan nuestra devocion, y motejen nuestro celo. Pero lo mas triste es que aun los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten, y tus hijos dejen decaer ingratamente el esplendor de tus cultos. ¡Piedad! ¡piedad para todos, Virgen de Guadalupe! véngate como madre de tantos pobres extraviados, abriéndoles los ojos para que te conozcan y purificando, para que te amen, sus corazones. Haz que las burlas de los malos, y las blasfemias de los impíos, léjos de amortiguar la fé ó entibiar el celo de tus hijos, nos hagan mas fervientes en nuestras oraciones.

mas asíduos en nuestros obsequios, y mas frecuentes en nuestras visitas, para que miéntras tantos sacian sus ojos con las mil vanidades que el mundo ofrece cada día á sus amadores, nosotros no nos cansemos de ver y contemplar ésta tu imágen embelezadora, que fué siempre el encanto de nuestros padres, y es hoy la mas bella y mas dulce esperanza de sus hijos. Amen.

*Récese muy devotamente el Ave maris stella.*

**SEXTO DIA.**

Al dia siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo que se agravaba, los dulces au-

xilios que la religion para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza, aunque motivada por celestiales intereses perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente, y desciende por otro sendero ménos alto. Mas oh favor ¡oh bondad la tuya, Madre mial como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos mas escondidos, y aun á veces le sale al encuentro, aun cuando la huye ingratamente, así tú con maternal constancia, occurs al encuentro de Juan, no léjos de una fuente, y explicada por él la causa de su tardanza, y contando la enfermedad de su deudo, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo, que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habias tú mandado. Mas como él pidiese las se-